

LOS HETERODOXOS Y LA IDEA DE ESPAÑA

Enrique Múgica
Defensor del Pueblo.

Participar en un ciclo de conferencias con título tan sugestivo como *El futuro de la idea de España* me produce tanto una satisfacción innegable como una sensación de desafío personal. Por ambas razones, debo comenzar agradeciendo a los organizadores del ciclo su muy amable invitación para intervenir en él.

En lo que se refiere al asunto mismo de la intervención, sobre los heterodoxos y la idea de España, podría pensarse que el escenario y las orientaciones correspondientes pertenecen en su integridad al pasado y, por ende, se trataría de algo impropio de un ciclo como éste. Pero nada más lejos de la realidad, aunque sólo sea por estas dos razones casi de sentido común. En primer término, porque la heterodoxia y los heterodoxos, como tendremos ocasión de mostrar, han surgido, surgen y surgirán en todo tiempo; y en segundo lugar

porque, de acuerdo con un dicho muy conocido, los pueblos que desconocen o dan la espalda a su propia historia están condenados a repetirla.

I

Los heterodoxos y la idea de España. Tan vasto campo de reflexión exige, por lo menos, algunas precisiones iniciales. Ante todas, la que se desprende ya del mismo enunciado, esto es, la de que entre las posturas mantenidas por la legión de espíritus disconformes, que dejaron sentir de alguna manera la influencia en nuestro mundo más próximo, y la complejidad (o la riqueza, según se piense) de esa realidad a la que llamamos España, se percibe muy claramente una conjunción, un intercambio enriquecedor. O, para ser respetuosos con el léxico ⁽¹⁾, una “relación de coordinación copulativa”, propiciadora del más admirable pluralismo.

Pero, como es natural, esto no quiere decir en modo alguno que todos los llamados heterodoxos impregnaran la vida española con su aliento fecundo. También hubo, y sigue habiendo, entre ellos, locos de aquellos que se decía “de atar”, sectarios impenitentes o fanáticos de cuidado. Lo cual no impedirá reconocer el esforzado y hasta heroico papel desempeñado por los heterodoxos geniales de los que tantos y tan descolantes ejemplos se pueden aportar.

⁽¹⁾ Segunda entrada de la voz y en el Diccionario de uso del español, de María Moliner (2ª edición, primera reimpression. Gredos. Madrid, 1998).

Con este mismo propósito de ofrecer aclaraciones preliminares que ayuden a comprender mejor lo que quiero decir, me voy a permitir una previa advertencia contra el fácil reduccionismo que, con frecuencia más que deseable, se manifiesta en los trabajos científicos, en general, y en los análisis historiográficos, en particular. Es absolutamente necesario desecharse la fácil tentación que, al hablar de situaciones vitales complejas, y nadie podrá negar que la realidad española es una de ellas, se concreta en la recurrente seducción que ofrecen las explicaciones terminantes y monocausales. Se trata de explicaciones de carácter biológico, fenomenológico, puramente físico o sospechosamente psicológico, que suelen aferrarse a expresiones contundentes eludiendo casi siempre la complejidad propia de la historia y de la vida. Así, cuando se dice, por ejemplo, que el hombre (o la mujer) no es más que un ser condicionado por la economía; o que tal expresión artística obedece exclusivamente al complejo de Edipo; o que la historia española en los últimos siglos tan sólo se explica por la ausencia de una verdadera revolución burguesa.

Lejos de mi intención queda, pues, el considerar la idea de España como respuesta única o ni siquiera decisiva ante la persistente presencia de la heterodoxia en las distintas etapas de su intenso devenir histórico. Lo que sí quiero poner de relieve, desde ahora mismo, es que las ricas y numerosísimas manifestaciones de heterodoxia producidas en el solar de la piel de toro han contribuido a que seamos lo que somos y a que sigamos siéndolo, mal que les pese a circunstancias tales como la globalización, los monopolios ideológicos más o menos desgastados, o los dogmas de toda laya que continuamente nos acechan. En este sentido sigue viva, y bien

viva, la concepción, tantas veces repetida, de España como un verdadero enigma histórico, un enigma que sigue resistiéndose a ser desentrañado, pero en cuyo desciframiento seguimos y seguiremos aplicándonos de manera incansable. Para aportar algunas reflexiones al proceso de esclarecimiento de ese misterio, entiendo que se han programado las distintas intervenciones de este ciclo de conferencias y, en todo caso, eso es lo que pretendo con la mía: hacer que España resulte un poco más inteligible.

II

El conocidísimo breviario que Pierre Vilar dedicó a la *Historia de España* comienza como una verdadera toma cinematográfica de gran angular, a vista de pájaro que vuela alto o, menos poéticamente, como si describiera el mapa a partir de la foto enviada por un satélite de comunicaciones. Estas son sus palabras: "El Océano. El Mediterráneo. La cordillera pirenaica. Entre estos límites perfectamente diferenciados, parece que el medio natural se ofrece de manera apropiada para servir al destino particular de un grupo humano, a la elaboración de una unidad histórica". Y continúa desgranando los pensamientos que ese medio natural le sugiere: "(...) La posición excéntrica de Iberia, su aislamiento por los Pirineos, las vigorosas peculiaridades de su clima y de su estructura, el atractivo de algunas de sus riquezas, apenas han cesado de darle en Europa, desde la más lejana prehistoria, una originalidad a veces sutil, a veces inconfundible (...). Algunas constantes naturales han hecho de esta Península maciza —especie de continente menor— un ser histórico aparte.

“No vamos a inferir de esto que el mundo ibérico sea un mundo herméticamente cerrado. Ni tampoco que haya ofrecido a los elementos humanos que lo abordaron condiciones particularmente favorables para su fusión en un todo armónico. Porque este mundo, que por un lado se abre ampliamente, gracias a una acogedora periferia, a las influencias externas de todo género, por otro lado opone pronto a quien quiere penetrarlo más profundamente las múltiples barreras de sus sierras y sus mesetas, el rigor de su clima, la escasez de sus recursos (...). España no goza de ningún sistema coherente de vías naturales (...). Estrechos desfiladeros, en las salidas de sus mesetas, cierran casi todos sus grandes valles”. El historiador acaba confesando su casi automática querencia a concluir con una expresión de tanta fortuna histórica como la que atribuye a España un carácter invertebrado, admitiendo que, en el transcurso de su desarrollo, ha sido víctima de la importancia excesiva que tiene en su estructura física “la armonía ósea de su relieve, con daño para los órganos de producción, de asimilación, de intercambio, de vida” ⁽²⁾.

Algunos detalles en tan breve como admirable descripción de nuestro medio físico encierran ya el germen de la singularidad histórica que irá configurando el ser, la idea de España. Ese destino particular del conjunto de sus habitantes; esa posición excéntrica propiciadora de aislamiento; esa originalidad subyacente a lo largo del proceso histórico, o esas peculiaridades dañosas para la asimilación, el intercambio y la

⁽²⁾ VILAR, P., *Historia de España*. Librairie Espagnole. Paris, 1963. Traducción de Manuel Tuñón de Lara (ligeramente retocada en el texto reproducido).

vida, presentan un cañamazo tensionado, y aparentemente hostil, para la convivencia como grupo homogéneo. Apuntan efectivamente a diferencias, disconformidades, desencuentros y desviaciones, pero siempre —nótese bien esto— dentro de un marco físico sorprendentemente idóneo para la elaboración de una unidad histórica.

III

Si del entorno físico nos trasladamos al elemento humano poblador de la Península, y protagonista de su historia propiamente dicha, aparece como indeleble, precisamente por efecto de su situación geográfica, la huella variopinta de sus primeros habitantes. Desde la que ha sido llamada “Capilla Sixtina del arte prehistórico”, muy cerca de aquí, en Altamira, hasta las marcas iniciales de los primeros humanos que vivieron en Andalucía o Levante, o las primeras muestras de mestizaje representadas por los celtíberos mesetarios, preparan un medio dotado de cierta homogeneidad para la acción planificada y nunca tranquila (recordemos a Viriato o a Sagunto) de las legiones romanas. Una acción colonial que también vivió épocas de esplendor y que añadió su impronta a la de los distintos grupos que ya habitaban la Península ibérica, galvanizando y perfeccionando su entramado cultural. Lo mismo que sucedería más tarde con las oleadas de invasores (alanos, suevos, vándalos y, especialmente, visigodos), que superpusieron sus rasgos peculiares a los diversos sedimentos que constituían ya el más o menos compacto conglomerado de nuestros antepasados hispanorromanos, consolidado en buena medida por el cemento de unión de las

creencias religiosas entre las que destaca con luz propia, desde Recaredo, la religión católica.

Pero esa estructura cultural multiforme comienza a mostrar sus resquicios en algunas manifestaciones, cada vez más evidentes, de desgarramiento político y social. Disensiones sociales y religiosas; persecuciones a minorías que, como la judaica, representaban un factor de progreso económico; intrigas palaciegas y abusos en el reparto de los frutos de la tierra van minando, día a día, en su estructura y en sus horizontes comunes, a una sociedad en vísperas (o a la espera; esto nunca se sabe bien en los procesos históricos) de ver modificadas sustancialmente sus relaciones de convivencia con la invasión del Islam.

Ocupada la península rápidamente, aunque no sin algunas dificultades, el Islam ejerció una influencia que, medida temporalmente, oscila entre tres y ocho siglos de duración y que no pudo dejar de afectar, como es lógico, a los modos de vida y a la ya sobrecargada configuración de capas históricas sucesivas que se dibujan en el perfil de los españoles. Al mismo tiempo, como reflujo de contraataque, en los sucesivos y diferenciados reinos cristianos que empujan poco a poco, hacia abajo, a los sucesores de quienes llegaron desde África, se van interpenetrando numerosas formas de vivir en común en las zonas poco a poco reconquistadas. Este movimiento de vaivén histórico no deja tampoco de marcar su huella, porque hay que tener muy presente que, al igual que había sucedido con otras pobladuras menos traumáticas, "los dos mundos no estaban en absoluto separados. Entre las peque-

ñas unidades cristianas y las pequeñas unidades moras había guerras, pero también intercambios, intrigas, tratados, relaciones de cortesía”⁽³⁾. Tanto en uno como en otro bando se encontraban, además, otros grupos cohesionados de creyentes judíos. Y siervos pegados a la tierra. Hay cristianos “algarabiados”, concededores del árabe, y musulmanes que saben latín. Y judíos “ladinos” que conocen todos los idiomas.

Cuesta mucho reducir ocho siglos de convivencia a una docena de frases, pero estoy tratando tan sólo de poner un telón de fondo adecuado a otro, asimismo somero, recorrido por los caminos de la heterodoxia y de su influencia en la idea de España. Y esto tiene mucho que ver con las características, también verdaderamente singulares, de mestizaje histórico que son propias de lo español. Todavía queda, para completar en lo posible este cuadro de capas sucesivas configuradoras de lo hispánico, el componente más importante, a mi modo de ver, que no puede ser otro que el correspondiente a la empresa española en América. Si la península había sido teatro de entrecruzamiento y asimilaciones múltiples, que habían producido un tipo humano sorprendente, teniendo en cuenta sus diferentes orígenes, sus vectores de aculturación y sus diversos reinos de procedencia, con formas de ser ya sedimentadas (astures, cántabras, leonesas, castellanas y aragonesas, entre otras), lo que me parece que va a dotar a España de unidad definitiva no es la terminación de la Reconquista, y su culminación con la toma de Granada. O la imposible unificación religiosa, a pesar de las aparien-

⁽³⁾ VILAR, P., Op. cit.

cias jurídico-formales y de las actividades represivas, que tantas veces se han enarbolado como componentes de una leyenda negra cada día más desacreditada. Lo que va a dotar de sentido a lo español, como algo singular y decisivo, es esa epopeya americana cuyo sello de grandeza ha sido tantas veces diluido en la tinta corrosiva del recelo y de la envidia.

La conciencia de ser español, además de gallego, vasco, catalán o extremeño, pasa sin ninguna duda por aquella casualidad inmensa, gigantesca, fruto de un acto de heterodoxia deseante, el error científico de Colón, que representa el descubrimiento y la conquista de las Indias occidentales. Tras la reconquista ibérica, "cuando se hallaba el mundo a punto / de que el prodigio sucediese", que nos canta José Hierro, no podía darse mejor manera de forjar un nuevo tipo humano que la fusión, la mezcla, la entrega y el acatamiento de una hazaña como la americana. Dejando de lado la narración de los progresos colonizadores, realmente asombrosa, sin que el calificativo pueda tenerse por chovinista, "lo esencial, de hecho, retomando las palabras de Vilar, es distinguir entre una práctica brutal (pero no más brutal que cualquier otro tipo de colonización) y una doctrina, e incluso una legislación de intenciones sumamente elevadas (que ha faltado frecuentemente a colonizaciones más modernas)". De hecho, y este me parece el mejor argumento para acallar las controversias suscitadas en torno a la colonización española, el volumen y la amplitud de la masa mestiza producida por la conquista no admite parangón alguno en ninguna época.

IV

Naturalmente, el español y lo español siguen cambiando con el tiempo histórico pero estas pinceladas pueden bastar para dejar sentadas las causas de una incesante heterodoxia en la vida española, estimuladora, por otro lado, de un enriquecimiento innegable en todas las manifestaciones de la convivencia. En todo eso que llamamos, con distinto grado de precisión, cultura de un país. Cultura tomada en un sentido netamente antropológico como “el conjunto de ideas, valores y creencias sobre el mundo y la sociedad, costumbres y pautas de comportamiento aceptadas, sobreentendidos implícitos, objetos usados con frecuencia o juicios morales que caracterizan a una sociedad y definen su estar en el mundo. O sea, todo lo que se aprende y permanece luego sin transmitirse genéticamente” ⁽⁴⁾. Si, desde una perspectiva diferente, se entiende, como lo hace T.S. Eliot, que la cultura del individuo depende estrechamente de la del grupo o clase al que pertenece y que, a su vez, la cultura de ese grupo o clase se encuentra vinculada a la de la sociedad en la que se incardina, puede apreciarse de modo muy claro que la interrelación cultura individual-cultura social es algo perfectamente razonable. Razonabilidad que, desde nuestro particular interés, a los efectos de conectar el fenómeno de la heterodoxia, en el que predominan condicionantes de carácter personal, al plano de lo social, ámbito en el que puede situarse a España como idea, reviste una importancia decisiva. Por lo menos,

⁽⁴⁾ A. FERNÁNDEZ RAÑADA, *La ciencia en la cultura*. Revista de Occidente, nº 248, enero 2002.

para cerciorarnos de que no estamos expresándonos en el más absoluto vacío lógico.

El mismo Eliot avanza determinadas consideraciones en cuanto a las relaciones entre cultura y religión que pueden sernos de mucha utilidad. "Hemos de procurar, afirma ⁽⁵⁾, no caer en dos errores contrapuestos: concebir la religión y la cultura como dos cosas separadas entre las que hay una relación, e identificarlas". Efectivamente, dado el estrecho vínculo que liga a la herejía (quizá la forma más frecuente y conocida de heterodoxia) con el fenómeno religioso, importa mucho dejar bien sentada la distinción entre lo religioso y lo cultural. El poeta y pensador inglés, nacido americano, pone de manifiesto que "cualquier religión, mientras dure, y en su propio nivel, confiere un significado aparente a la vida, proporciona el marco en el que se desarrolla la cultura y protege a la humanidad del aburrimiento y la desesperación".

Hace años, bastantes años, cuando los bachilleres, para serlo, estábamos obligados a superar varias reválidas, los libros de texto de literatura incluían entre los autores más destacados a Don Marcelino Menéndez y Pelayo. Casi nunca teníamos tiempo, ni ganas suficientes, como para llegar con provecho al siglo XIX en sus postrimerías y, mucho menos, a los apartados del género en que se collocaban las obras de Don Marcelino, los de historia y crítica literaria o expresiones similares. Sin embargo, a pesar de esa falta de tiempo y de

⁽⁵⁾ T.S. ELIOT, *Notas para la definición de la cultura* (Traducción de Félix de Azúa. Bruguera. Barcelona, 1984).

entusiasmo, salíamos de los estudios secundarios con un leve barniz informativo del que destacaban tres o cuatro rasgos muy elementales. Nuestro hombre había nacido en Santander; para citarlo, solíamos anteponerle el don (don Marcelino Menéndez y Pelayo), lo que no era muy frecuente en medios literarios, si exceptuamos casos pertinaces como el de Don Ramón de la Cruz o el del infante Don Juan Manuel; y de entre sus obras siempre recordábamos, por lo menos, dos títulos, no del todo completos. *Las Ideas estéticas* y *Los Heterodoxos*. ¡Ah!, y también lo de polígrafo eminente. Menéndez Pelayo siempre subía nota si se le adosaba aquello de “erudito y polígrafo eminente”. Se trataba de un autor cuyos títulos y calificativos nos empezaron a familiarizar con el uso del diccionario, empezando por la palabra heterodoxia. ¿Qué significaba heterodoxia?, ¿a quiénes se calificaba de heterodoxos?

De modo sorprendente, la voz heterodoxo, registrada por el *Diccionario de la Real Academia Española*, en su edición del año 2001, acumula tres entradas que se ajustan, en su conjunto, a ese modo de enfocar las relaciones entre religión y cultura que antes mencionábamos. La primera, atribuye a heterodoxo el significado de “disconforme con el dogma de una religión” y aclara, a renglón seguido: “entre católicos, disconforme con el dogma católico”. Se trata del marco general al que hacía referencia Eliot, porque, en efecto, la segunda acepción, incluida por extensión, asigna a heterodoxo el significado de “no conforme con la doctrina fundamental de una secta o sistema”, y la tercera, asimismo extensiva, el de “disconforme con doctrinas o prácticas generalmente admitidas”. Aparte de esta curiosidad, meramente informativa, llama la

atención el ejemplo aclaratorio mencionado, que toma como sujeto a los católicos y que, a todas luces, resulta justificable desde un ángulo cuantitativo, tanto desde una perspectiva histórica como sociológica. El *Petit Robert* francés, en cambio, en su actualización de junio de 2000, contiene una acepción para lo religioso en general (heterodoxo es lo "que se aparta de la doctrina admitida"), y añade, por otra parte, un significado muy amplio para el mismo vocablo. Considera heterodoxo "lo que no es ortodoxo, o conformista", y cita dos palabras muy relacionadas que amplían muchísimo su significado: "anticonformista" y "disidente".

V

Sin poder agotar las posibilidades de reflexión que ofrecen los diccionarios, hemos de volver a nuestro asunto en lo que concierne a la historia y la cultura en general (religión incluida). Considero llegado el momento de pasar revista, eso sí, resumida, a nuestros heterodoxos.

Por mucho que fuese, y lo era en grado sumo, el celo de Don Marcelino por apurar la nómina de heterodoxos, no pudo llegar a incluirlos a todos en su célebre Historia. De acuerdo con los significados de la palabra que se han citado, resulta tarea punto menos que imposible: ¿quién no ha estado en alguna ocasión disconforme con las ideas comunes?, ¿quién no se ha apartado, aunque sólo sea un momento, del conformismo vigente? En el fondo todos somos, o deseamos ser, heterodoxos respecto de algo. Por lo que se refiere al largo proceso configurador de España como nación, forzoso es

reconocer que todas esas capas antes aludidas, junto con otras muchas no citadas, que integran nuestro ser histórico, procedentes de tan diversos periodos, habrían de dar lugar a heterodoxias múltiples, en cualquier etapa de nuestra evolución como grupo diferenciado.

Sin insistir en lo del marco natural, cuyas características de orografía o clima resultan propicias a la diversidad de caracteres, el grupo destacado de heterodoxos, en sentido estricto, que podría señalarse, rebasa con creces el formato de una conferencia o de una intervención parecida a ésta, con sólo tener en cuenta las tres corrientes religiosas básicas (la cristiana, la mahometana y la judía), que durante tanto tiempo han convivido en nuestro suelo, o la heterodoxia en la cultura artística. De ahí que sea necesario seleccionar algunos casos relevantes para darnos una ligera idea de su alcance histórico.

Comenzando por el período de asentamiento y de dominación musulmana en la Península, por no remontarnos a la antigua época romana, ni a la España visigoda con su eferescente actividad político-religiosa, derivada de los singulares Concilios de Toledo, es preciso aludir a las oleadas de dudas y de fe provocadas tras la invasión de árabes, sirios y bereberes. Invasores que mostraron especial capacidad para transmitir modos de vida, ideas, procedimientos artísticos y formas de cultivo; pero también, y sobre todo, corrientes de pensamiento oriental, a caballo (nunca mejor dicho) de una religión ciertamente agresiva pero adaptable a las condiciones del medio invadido. Las visitas e intercambios producidos

en los reinos hispánicos por parte de filósofos y científicos de todo el Oriente, durante la época del esplendor musulmán, originan, justo es reconocerlo, una verdadera recuperación cultural, con aportaciones que llevan a cabo judíos cosmopolitas, cristianos bizantinos, monofisitas devotos, nestorianos dados a la especulación, persas dualistas, indios adoradores de Buda y egipcios de carácter conservador. Los habitantes de la tierra más occidental del mundo conocido constituían un grupo humano incapaz, en la mayoría de los casos individuales, de comprender esas doctrinas antiguas, pero estaban adornados por un ansia inagotable de saber y de conocimientos. Un ansia que, tras haber asimilado el arte griego de razonar, se complacía en disfrutar de un horizonte en el que comenzaba a vislumbrarse una libertad intelectual sin trabas.

En todas las épocas, también en la de esplendor musulmán en la península, el papel de los místicos ha despertado suspicacias en los guardianes de la ortodoxia. Desde esta observación, no debe olvidarse que la mística española siempre ha tenido un papel preponderante en el mundo. Se trata de una suspicacia con fundamento, como diría algún divulgador de la buena gastronomía, porque son precisamente los místicos quienes mantienen "comunicación directa" con Dios, una comunicación que viene a suponer siempre una afirmación de independencia respecto de la doctrina oficial en cualquier iglesia, intermediaria autorizada, en definitivas cuentas, en cuanto se refiere a la interpretación de los textos sagrados y al cuidado de los dogmas. Las herejías contra la iglesia mahometana ortodoxa fueron objeto de persecución y pueden servir como ejemplo la huida a Oriente de Abenmasarra, o la de los escritos

sufíes del murciano Ibn Arabi, cuyas doctrinas parece que inspiraron a San Juan de la Cruz.

El otro gran frente de la heterodoxia en la época musulmana, que después, de uno u otro modo, volvería a resurgir como cantera de herejes en todas las épocas históricas, es el de la corriente racionalista. Y aquí sí que merece la pena citar algunos nombres: el judío toledano Aben Ezra, iniciador de la libre exégesis de las Escrituras, el filósofo, matemático y físico Avempace, zaragozano, que vivió entre los siglos XI y XII, para quien la sabiduría y la libertad obedecen más a la razón, al espíritu único y universal del ser humano, que a las creencias religiosas, y el cordobés Averroes, que vivió en el siglo XII, y que afirma, en la misma dirección, que la razón humana, equivalente al alma, es imperecedera, y apunta, además, algo verdaderamente revolucionario como el carácter de producto social, atribuible a las artes y a las ciencias, que no deben ser tenidas solamente como fruto de la contemplación y de la reflexión individuales. Verdadero adelantado de las ideas igualitarias, se muestra partidario de que la mujer comparta la cultura y participe en el quehacer intelectual de la comunidad, se ha podido decir que sus doctrinas "llenaron el vacío entre la filosofía griega y la Enciclopedia francesa" ⁽⁶⁾. La lista podría convertirse en interminable si nos detuviéramos en un mínimo comentario dedicado al grupo de los eclécticos (entre los que se cuentan el poeta malagueño Avicebrón, el polígrafo cordobés Ibn Hazam o el judío, también cordobés, Maimónides) o al de los denominados positivistas (en el que

⁽⁶⁾ J. CASTILLEJO, *Guerra de ideas en España*. Revista de Occidente. Madrid, 1976.

sobresalieron el pensador Abubacer y el filósofo y jurisperito Ibn Jaldún).

Por lo que hace al otro campo, el campo cristiano, la nómina de sospechosos de herejía no es menos extensa y va de la mano con el esplendor de Toledo como cuna de la ciencia de la época a partir del siglo XI. La tantas veces citada convivencia con mahometanos y judíos; la introducción de recursos didácticos, sobre todo en lo que se refiere a traducciones; el flujo creciente de peregrinos jacobeos; y otras muchas circunstancias, provocaron que las opiniones y las especulaciones filosóficas de los sabios españoles se extendieran por Europa y dieran lustre a la Escolástica y a sus desviaciones. Las tres orientaciones principales para los filósofos y teólogos cristianos respondían, según Castillejo, a las siguientes: la panteísta y fatalista, que influyó más tarde también en Santa Teresa y en los "alumbrados" del siglo XVI; la racionalista aristotélica, defendida en la Sorbona por Siger de Brabante, y la intelectualista moderada, que fue aceptada por Duns Scoto y Guillermo de Occam. "La corte de Alfonso X el Sabio en Toledo (...) vio la más extraordinaria mezcla de todo tipo de ciencias, literaturas y artes conocidas hasta entonces en el mundo. Hizo que el clero cristiano colaborara con moros, judíos y extranjeros. Estaba rodeado de filósofos, teólogos, físicos, juristas, astrónomos, alquimistas y otros científicos, así como de trovadores y poetas (...). ¿Cómo no iban a surgir disensiones, disconformidades, desviaciones o desacuerdos con las ideas recibidas? ¿Cómo podrían evitarse, en tal caldo de cultivo las ideas innovadoras, aunque fueran heréticas? ¿Cómo impedir, por otra parte, la aparición de

figuras místicas y solitarias, lindantes con la heterodoxia, cual ocurre con Raimundo Lulio?

Con toda justicia, se ha puesto de relieve, muchas veces, la importancia de la Edad Media en el desarrollo de España como nación. Lo medieval ha sido la plataforma de despegue de una nación como la española, condicionada como ninguna otra por largos periodos de lucha y de convivencia entre culturas superpuestas. El secreto de los grandes problemas españoles, recordaba Ortega, lo guarda la Edad Media.

Todo este esplendor, toda esta riqueza cultural, repercute inevitablemente en las siguientes centurias, las de los siglos XV y XVI, en las que se recibe, además, la influencia italiana; se fundan la Universidad de Alcalá y diversas academias; se ultima la *Biblia Políglota* y aparecen las obras de Nebrija; siguen compitiendo las ideas escolásticas renovadas, como en el caso de Francisco de Vitoria, con los epígonos neoplatónicos y las nuevas concepciones místico-panteístas, racionalistas y reformistas. Figuras como León Hebreo, Fray Luis de León, los citados Juan de la Cruz y Teresa de Ávila, Miguel Servet, Arias Montano, Alonso de Herrera, el Brocense, los erasmistas, Luis Vives y Mariana, y otros muchos, no fueron ajenos a las ocupaciones y preocupaciones de la Inquisición.

La vitalidad espiritual del país, afectada de lleno por el deseo contrarreformista de mantener la unidad espiritual mediante una fe común, sólo encuentra tres salidas "naturales": la huida, el misticismo y la imaginación. Los libre-pensadores estudiosos y los disidentes tenaces que podían huir

abandonaban la península y buscaban en el extranjero oportunidades para estudiar y publicar. España ha obtenido a menudo un gran beneficio de este forzado cosmopolitismo. El misticismo era, a su vez, una especie de emigración espiritual, un rasgo característico de las épocas difíciles, cuando el alma, horrorizada ante un mundo externo amargo y hostil, al cual es incapaz de dominar, se vuelve hacia el interior y vive en su propio reino independiente. Por último, la ficción, que evadiendo la censura de la manera más hábil, a través de la reticencia, de la ironía y del humor, permitía que penetrase en el cuerpo social el veneno de la duda. El siglo XVII, el Siglo de Oro de la literatura española, manifiesta de forma contundente que, por debajo de la opresión, las aguas de la heterodoxia bajaban muy claras: Cervantes, Cardoso, Gracián y tantos otros, estaban forjando una España diferente y admirable.

El intento de control de la vida nacional por parte del Estado, durante el siglo XVIII, aunque la religión católica siga siendo la oficial y la única permitida, cambia en cierto sentido la consideración de la heterodoxia y de lo heterodoxo. Se incuba la autonomía universitaria y las ideas de la ilustración penetran en la actividad administrativa. Es la época del llamado despotismo ilustrado en la que se promueve la instrucción popular pero se impide su consecuencia natural, la democracia política; se mantiene el dogma, pero se coquetea con la razón, su natural enemigo. La disidencia y la disconformidad están servidas. La heterodoxia, en sentido amplio, es inevitable.

Por otra parte, la irrupción de la cultura francesa, con la nueva dinastía, hace que los hábitos distinguidos de relación social, aniden en las clases altas en contra de los sentimientos y de los gustos populares; se teme, "como a un nublado", que la Revolución francesa contagie a España; la censura de prensa se intensifica hasta límites poco imaginables, y hasta las cátedras de derecho constitucional se clausuran en las universidades por ser consideradas peligrosas. El padre Sarmiento, Jovellanos o Cabarrús pueden considerarse paradigmas de una renovada heterodoxia, por no mencionar los terrenos del arte en los que brilla con luz propia y única Francisco de Goya.

Ya en el siglo XIX, por aportar alguna pincelada significativa, "la costumbre de combinar un gobierno democrático con una administración bizantina" estuvo en el origen de muchas convulsiones sociales. La alternativa de periodos liberales con otros reaccionarios da lugar a persecuciones políticas y religiosas y provoca, al mismo tiempo, un clima de romanticismo y de ebullición generalizada. Las épocas de represión originaron, "como sucede siempre, una selección inversa, pues cayeron muchos de los mejores, pero aquellos que escaparon fueron, a su vez, mensajeros de nuevas ideas". Se produce la expulsión de los profesores Sanz del Río, Salmerón y Giner de sus cátedras. El estallido revolucionario de 1868 les reintegra a sus puestos y, al suprimir las facultades de Teología, se da pie a la renuncia por parte del Estado a la educación del clero, lo que propiciará un aislamiento de los futuros sacerdotes respecto del progreso y el medio social, con el consiguiente endurecimiento dogmático de la Iglesia española y la proliferación de actitudes intole-

rantes. De nuevo, levantaba cabeza el dragón del problema religioso, auténtica factoría de heterodoxias, aunque no sean de despreciar las disensiones de carácter político, las que protagonizaron “liberales, agitadores y conspiradores” que dan título a la obra coordinada por los profesores Burdiel y Pérez Ledesma recientemente publicada ⁽⁷⁾. El abate Marchena, José M^o Torrijos, Mariana Pineda, Eugenio de Aviraneta, Álvarez Mendizábal, el General Prim o Vicente Blasco Ibáñez constituyen otros tantos ejemplos de desacuerdo con las ideas recibidas, según la vieja definición de heterodoxia incluida en los diccionarios.

El hace poco acabado siglo XX, a pesar de sus perturbaciones sociopolíticas casi permanentes y a pesar de las persecuciones de carácter social y político de que ha sido testigo, acaba por disolver no sin pena, en su último cuarto, el acoso permanente a grupos o personas consideradas disconformes o disidentes. Parece que hemos descubierto, al fin, “que hay otras maneras, actuales y posibles, de ser español; o sea —nos recuerda Francisco Ayala ⁽⁸⁾— de que el pretendido carácter colectivo no es una fatalidad ni nos liga como un conjuro, dado que la colectividad donde tiene su asiento está formada por individuos humanos en cuya conciencia radica el principio de la libertad moral...”. Los antiguos heterodoxos dan paso a los innovadores de nuevo cuño: en las ciencias, en las artes, en la tecnología, en la banca, en las asociaciones o en las oenegés. Difícil, imposible, resultaría

⁽⁷⁾ I. BURDIEL y M. PÉREZ LEDESMA (coordinadores), *Liberales, agitadores y conspiradores*. Espasa. Madrid, 2001.

⁽⁸⁾ F. AYALA, *La imagen de España*. Alianza. Madrid, 1986.

citarlos a todos. Las nuevas libertades posibilitan otra vez el florecimiento de la convivencia fructífera, con sobresaltos puntuales producidos por el odio animal y sangriento, al tiempo que alejan y dificultan la opresión y la persecución al otro, al diferente.

VI

La heterodoxia es consustancial con la vida, en general, y con la vida de las ideas en particular. Por no adentrarme en el territorio, hartamente complejo, de la biología, en el que la continuada regeneración celular muestra, tan a las claras, el carácter prevaleciente de lo nuevo frente a lo viejo, de lo cambiante frente a lo inmutable, me limitaré al ámbito de las ideas. Hace unos meses, en uno de sus relampagueantes artículos compuestos de brevísimas y hondas reflexiones, Rafael Sánchez Ferlosio, refiriéndose a la "génesis del dogma", concepto de tanta trascendencia cuando se desea un acercamiento a los problemas planteados por la contraposición dialéctica ortodoxia-heterodoxia, nos situaba ante la preocupación fundamental que hoy nos congrega en este marco singular del Ateneo santanderino. "La convicción —escribía— no es la idea misma, sino la voluntad de defenderla; la persistencia de esa voluntad va envolviendo la idea como un caparazón hasta hacerla letra muerta, muda. El dogma es una idea puesta a callar, su última palabra, sin duda para evitar que siga hablando, por la flaqueza mental de querer alcanzar la certidumbre incluso a costa del conocimiento" ⁽⁹⁾.

⁽⁹⁾ R. SÁNCHEZ FERLOSIO, "Apuntes", *ABC*, 10-12-2001.

En este sentido, si el futuro de España ha de pasar por un proceso de búsqueda de la verdad, ese futuro ha de preferir una heterodoxia activa en vez de una ortodoxia pasiva. De cualquier modo, instaurado un régimen democrático pleno en España, existen razones más que suficientes para afirmar que los términos contrapuestos ortodoxia-heterodoxia han dejado de tener un significado parecido al que han venido teniendo durante la historia anterior. El simple repaso del título preliminar de nuestra Constitución, y espero que se me excuse la cita textual de sus preceptos, da buena prueba de ello. De aquí en adelante, la aventura estimulante y prodigiosa de la creación, del estudio y de la libertad legítima la aportación de distintos puntos de vista que, en ningún caso, han de señalarse ni sentirse como ortodoxias o heterodoxias, por quedar superados tales conceptos en la convivencia democrática.

Dejadme terminar con unas palabras de Laín Entralgo ⁽¹⁰⁾ que parecen apropiadas como colofón y resumen:

“Comenzó España siendo una sed, la inmensa, descomunal, infinita sed de horizontes nuevos y realidades plenas que van constituyendo sus nunca enteramente logradas empresas: la unidad política de sus tierras, la conquista y la colonización cristiana del Nuevo Mundo, la mística aventura interior de sus santos, la unidad católica de Europa, el quijotesco sueño de una humanidad trabada por la fraternidad y regida por la justicia. (...)”

⁽¹⁰⁾ P. LAÍN ENTRALGO, *A qué llamamos España*. Espasa-Calpe. Madrid, 1971.

“Sin haber dejado de ser una sed, la vida española se hizo pronto y ha seguido siendo un conflicto, pintoresco unas veces y dramático otras. (...)”

“Pero (...) la vida de España es también una posibilidad. Que cada cual la imagine como quiera (...). A mí dadme, os lo ruego, españoles sin trampa ni disfraz. Los que sin mesianismos y sin aparato trabajan lo mejor que pueden en la biblioteca, el laboratorio, el taller o el pegujal. Los que saben conversar, reír o llorar con sencillez y a través de sus palabras, sus risas o sus lágrimas os dejan ver, allá en lo hondo, esa impagable realidad que solemos llamar una persona”.